

LA AFICIÓN TAURINA EN GALICIA
(Pasado y presente)

José María S. Sanmartín Miguez*



ivimos tiempos de debate en la tauromaquia. Nada nuevo. Sí es nuevo, tal vez, que germine desde posiciones diferenciales de carácter político enmascaradas bajo la capa de la protección a los animales. En cualquier caso, la controversia respecto a lo que es cuestionable –y la fiesta de los toros lo es– es actividad que cualifica a una sociedad, y sus consecuencias nunca han de tenerse por definitivas. Los tiempos cambian y la mentalidad del ser humano evoluciona, por fortuna.

La prohibición de las corridas reglamentadas en Cataluña, con la permisividad de los incontrolados *correbous* en plazas de carros, *bous capllaçats* o *bous al carrer* (tan incoherente como electoralmente conveniente), ha abierto la espita de nuevas iniciativas supresoras. Algunas llegan ahora desde Galicia, donde un grupo de ciudadanos pide el cese de las ayudas a las corridas de toros en los municipios donde las hay y otras medidas de carácter abolicionista. Desde el respeto debido al conjunto de la población, están en su derecho.

Quiere este artículo documentar las profundas raíces de la Fiesta en Galicia y corregir, en algún caso, y dar argumentos, en otros, a voces tan prestigiosas, aunque desinformadas, como la

* Academia de Farmacia de Galicia.

del hispanista Henry Kamen, quien no hace mucho afirmaba –y no es la primera vez que lo hace– que «en fecha tan tardía como 1800, no había toros en Cataluña, ni en Galicia ni en Asturias»¹, o la de Paco Aguado², quien en 2010 se lamentaba de contar con escasos recursos históricos para apoyar a la Fiesta en Galicia. Pero pretende, sobre todo, dar a entender que la cuestión de la afición a los toros en Galicia no es nueva ni residual.

Ante todo hay que diferenciar muy bien lo que es la Fiesta antigua, la de ruedo rectangular en una plaza pública, con talanqueras y tarimas de madera, y caballeros y gente de todo tipo por el ruedo, y la fiesta moderna, reglamentada y escenificada en plaza circular. La primera estaba muy arraigada en Galicia, en muchas de sus villas y en todas las ciudades de cierta entidad. La segunda contó con menos escenarios, que fueron cambiantes conforme las construcciones, endebles y efímeras, perdían su capacidad de uso. Sin pretender efectuar un inventario de la Fiesta, puede resultar ilustrativo sobrevolar a velocidad media el panorama taurino anterior a la instauración de la moderna Fiesta reglamentada en coso circular.

Entre los siglos XVI y XVIII, fueron al menos ocho las poblaciones gallegas que programaron fiestas con toros en sus celebraciones. Al final de este periodo, en el XVIII, la Fiesta ya estaba muy asentada en España; sin embargo, este arraigo parece tener menor reflejo en Galicia. Únicamente en Santiago, Pontevedra y Noia se celebraron festejos con regularidad. Tres plazas entre las 185 poblaciones españolas que, según el informe encargado por Jovellanos, daban toros en 1767. Pudiera ser que a ello contribuyesen las sucesivas iniciativas legislativas abolicionistas de la España Ilustrada –de tan irregular incumplimiento– que se promulgaron en el último tercio de la centuria.

¹ *El Cultural*, (suplemento del diario *El Mundo*), 8-14 de junio de 2012, pág. 25.

² *Caireles* (revista taurina), nº 29, Barcelona, diciembre, 2010.

En Santiago de Compostela, las corridas principales y las más regulares se programaban para las fiestas del Apóstol y tenían lugar casi siempre en la plaza del Obradoiro, frente a la catedral. Las había, por norma general, cada año, si bien hubo periodos en los que se restringieron a los Años Santos. Excepcionalmente se dieron corridas el día de San Benito y el de la “Madre de Dios”, así como en la celebración de efemé-

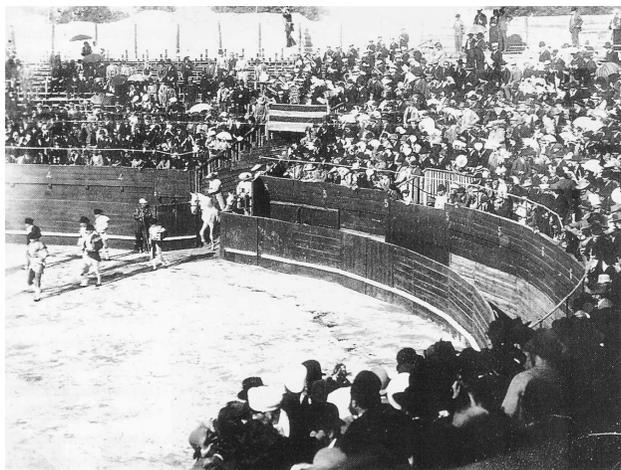


Fig. n.º 1.- *Plaza de toros de madera. Pontevedra, 1892.* Todas las imágenes de este artículo han sido cedidas por el autor.

des singulares tales como la beatificación de Ignacio de Loyola, el 27 de julio de 1609³, o la visita a Santiago del rey Felipe I. Precisamente la primera noticia documental de fiestas de toros en Santiago –y tal vez en toda Galicia– es de 1506⁴ y hace referencia a una corrida celebrada en honor del rey Felipe el Hermoso, que en abril de ese año visitó Santiago.

³ AHUS, Fondo Municipal de Santiago, Consistorios, 16 de enero, 1610.

⁴ AHUS, Fondo Municipal de Santiago, Consistorios, 1508.

Excepcional fue el número de toros que se corrieron en honor al rey, si bien en 1545, por ser año jubilar, salieron también una docena de astados a la plaza⁵. Lo normal eran los seis u ocho toros que cada año se traían para el día del Apóstol, aunque en los años finales del XVIII, cuando se impuso el toreo a pie, el número de toros por corrida se redujo a cuatro⁶. Tenemos, además, corridas documentadas con gran lujo de detalles en 1554 (Leyra Domínguez, 1994), 1579 (Neira de Mosquera, 2000: 59), 1643⁷, 1707⁸, 1732⁹, 1746¹⁰, 1747¹¹, 1754¹² (a pasar de la prohibición de dar corridas de toros que afectaba a toda España), 1775¹³, 1784 (año en el que se dieron cinco corridas –algunas matutinas– corriéndose 19 toros castellanos y 6 del país¹⁴), en 1790 (con toros traídos de Valencia y de Navarra y que lidiaron a caballo Julián Díaz, de Madrid, y Juan Pinto, de Utrera; y a pie Curro Guillén y Francisco Hernández, *El Bolero*¹⁵), y en 1793¹⁶ con Pepe-Hillo en el ruedo, etc.

En La Coruña, entre los siglos XVI y XVII, las principales festividades religiosas de la ciudad –El Rosario y San Juan– basaban la actividad lúdica en las corridas de toros que tenían

⁵ AHUS, Fondo Municipal de Santiago, Consistorios, 10 de junio, 1545.

⁶ AHUS, Fondo Municipal de Santiago, Consistorios, 17 de julio, 1795; 6 de julio, 1799.

⁷ AHUS, Fondo Municipal de Santiago, Consistorios, 1642-44, fol. 140 y ss.

⁸ AHUS, Fondo Municipal de Santiago, Consistorios, 24 y 25 de julio, 1708.

⁹ AHUS, Fondo Municipal de Santiago, Consistorios, julio-diciembre, 1732, fol. 496 y 586-596.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ *Ibidem*.

¹² *Ibidem*.

¹³ AHUS, Fondo Municipal de Santiago, Consistorios, 4 de agosto, 1775.

¹⁴ *Gaceta de Galicia*, 8 de agosto, 1911.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ AHUS, Fondo Municipal de Santiago, Bandos de Alcaldía, 24 de julio, 1793.

como escenario la plaza de la Harina (Saavedra, 1994: 132-133). Tal vez la primera documentada sea la celebrada el 24 de junio de 1554, en la que se lidiaron seis toros. Apenas dos años más tarde, el 4 de mayo de 1556, la autoridad local ordenaba que al domingo siguiente se corriesen tres toros «en la plaza de esta ciudad, donde estaba levantado el cadalso para honra y alzamiento del pendón por el rey don Felipe, y que dichos toros los diese Bartolomé Xago y los demás carniceros de la ciudad» (Estrada Catoyra, 1932: 24-25).

En Pontevedra, la fecha más antigua registrada se remonta al 4 de mayo de 1559, dentro de los eventos conmemorativos de la celebración de las paces de Cateau-Cambresis, que ponían fin a la guerra Francia-Monarquía Hispana. Sin embargo, del análisis del documento notarial parece desprenderse que no se trataba de un acontecimiento novedoso. De fecha cercana a esta tenemos noticia de «quatro toros que se corrieron en la Praça de la Ferraría» (López, 1998: 661).

Aunque algunos historiadores refieren que las fiestas de toros más antiguas se celebraban en la fiesta del apóstol Santiago, las informaciones documentadas señalan las vísperas de San Bartolomé y San Juan como las más taurinas.

En los primeros años del XVII la fiesta de los toros experimentó en Pontevedra un auge sin precedentes. Fue precisamente entonces cuando se regularizó su celebración. Entre 1680 y 1685 hubo altibajos en la frecuencia de corridas en las vísperas de San Bartolomé, ya que la cofradía del santo no parecía estar demasiado por la labor de honrar a su patrón con tales festejos. A partir de 1686 las deficiencias se extendieron a las corridas del día de San Juan, que en 1692 celebró la última (Pereira Fernández, 2004: 3-4). ¿Decayó la afición? ¿Aumentaron las dificultades organizativas? ¿Otros entretenimientos las sustituyeron? Nos inclinamos por la segunda hipótesis. El caso es que el Concejo de Pontevedra acordó, entre 1694 y 1699, unificar las

corridas en honor de San Juan y San Bartolomé en un solo festejo que se celebraría la víspera de esta segunda festividad.

Con el cambio de siglo los festejos taurinos perdieron el carácter anual para pasar a programarse sólo en ocasiones extraordinarias. Los tenemos registrados en 1707 en la plaza de la Herrería (Fortes Bouzán, 1993: 433), en 1712, en 1714 y en 1720.

Aunque Pérez Costanti habla ya de toros en Noia desde el siglo XI, la noticia documental más antigua que conocemos –conservada en el Archivo Parroquial– es de 1584, consecuencia de una visita del Arzobispo de Santiago. En el archivo municipal de la villa se conserva un libro de actas de 1590 en el que se consignan «beinte y cuatro reales» (Fabeiro Gómez, 1989: 10 y 51) para garrotes a usar en la plaza de toros. Y ya en el la centuria siguiente, el Procurador General Lope de Baía, mecenas de la villa, en 1616 pagó 450 maravedís, «por razón de las garruchas para la fiesta del Corpus de los toros» (*Íbidem*: 10, lam. IV), e igual cantidad para garruchas «para la fiesta del señor San Pedro». La misma suma de 450 maravedís fue abonada para las garruchas de la fiesta de San Bartolomé. Otras informaciones señalan también San Juan y San Roque como posibles fechas taurinas. En el trienio 1625-28 se mantiene en Noia la continuidad en la Fiesta «según costumbre de cada año» (*Íbidem*); noticia que se repite en 1667 y 1679. Poco cambiaron las cosas a lo largo del siglo XVIII, y ya en su tramo final, en plena vorágine abolicionista ilustrada, en concreto en 1789, hay noticias de los «dos toldos que se colocan durante las corridas» (*Íbidem*) en la plaza del Curro.

Al menos desde los años centrales del siglo XVI, el Regimiento (o Municipio) de Betanzos programaba toros la víspera del día de San Juan y en las festividades de San Roque y San Payo¹⁷. No faltan noticias de corridas celebradas durante el

¹⁷ ARCHIVO MUNICIPAL DE BETANZOS, Actas Capitulares, caja 2. Sesión Municipal, 10 de junio de 1552. Citado en “Toros en la Plaza Mayor en el Siglo XVI”, *Betanzos e a súa comarca*, junio 2003, pág. 30.

siglo XVII. En la centuria siguiente, no obstante, la ausencia de información es total.

En Lugo se conservan actas referentes a la corrida de cuatro toros celebrada el día de San Juan de 1579¹⁸.

En Monforte de Lemos hay noticias de dos corridas en el siglo XVII. La primera por la consagración del Colegio de la Compañía, en 1619, y la segunda en las fiestas del Rosario de 1620.



Fig. n.º 2.- Cartel de inauguración de la plaza de piedra 1900. Apud. *Historia de las Rías*. Faro de Vigo, Los Toros en Galicia I. Capítulo 35.

Consta en los Libros de Actas del Concello de Muros que cuando los tablajeros acudían a presentar sus posturas incluían en ellas las cabezas de las reses y toros para las corridas a cele-

¹⁸ Libro de Consistorios del Municipio de Lugo 1574-1583, en “Toros en Lugo en 1759”, *Galicia, Revista Regional*, Año II, n.º. 7 julio 1988, pág. 317-320.

brarse en Corpus, San Pedro y San Roque y, en tiempos más recientes, también en la fiesta del Rosario (Fabeiro Gómez, 1989: 12).

La otra Fiesta, la de nuevo formato que enlaza con la actual, tardó en introducirse –tal vez con la excepción de Compostela, que construyó plaza en 1812–, y no lo hizo hasta la segunda mitad del XIX. La Coruña se incorporó en 1850, Santiago dos años después con plaza nueva, Villagarcía y Pontevedra en 1892, Noia al año siguiente y Vigo en 1896, todas inicialmente con plazas de materiales perecederos y duración efímera, hasta la construcción de los cosos de mampostería de Santa Margarita en La Coruña (1884) y de San Roque en Pontevedra (1900), amén de las plazas portátiles que en el siglo pasado iban pasando de una a otra ciudad. Respecto a estas últimas, es reseñable la corrida que se dio en Lugo el 9 de agosto de 1931 a beneficio de obreros parados. Seis mansos de Victorio Torres que mataron Marcial Lalanda, Nicanor Villalta y El Niño de la Palma, que cortó dos orejas y rabo en el que cerraba plaza¹⁹

En cualquier caso, es preciso reseñar que desde 1850 hasta la actualidad en Galicia no han dejado de darse espectáculos taurinos temporada alguna en plazas circulares estables.

Pero al margen de los datos, del número de plazas y festejos, interesa retomar la cuestión inicial, la que más interesa a este artículo. ¿Hay afición a los toros en Galicia? ¿La hubo en el pasado? Es esta una cuestión que no ha escapado históricamente al debate periodístico, intelectual y popular de esta región.

Si en la actualidad efectuásemos una encuesta con estas preguntas, no tendríamos dudas acerca de su resultado. La respuesta sería no a ambas, tanto si opinase la población autóctona como la foránea. Una reciente noticia de un importante diario

¹⁹ *El Compostelano*, 12 de agosto, 1931.

regional informaba que, tras Cataluña, Galicia es la comunidad que programa al año menos festejos taurinos por habitante. Citando cifras del Ministerio del Interior, al que no hace mucho se adscribía la Fiesta, en Galicia había en los primeros años del siglo XXI una corrida por cada 341.000 personas –una por cada 456.000 en Cataluña–, y una encuesta del Instituto Gallup del



Fig. n.º 3.- Plaza portátil de Santiago. La Residencia, 1920.

año 2006 precisaba que Galicia era una de las autonomías con menos afición a los toros, con el dato de que el 86% de su población «rechaza o aborrece la fiesta nacional»²⁰.

Tal vez en todo este desolador panorama taurino surgirían matizaciones que exceptuarían a Pontevedra y, en menor medi-

²⁰ *La Voz de Galicia* (edición digital), 9 de diciembre, 2010.

da, a La Coruña. Esto apenas cambiaría la valoración general, ya que de las más de 300 plazas de mampostería que existen en España sólo dos están en territorio gallego, y una de ellas no es específicamente un coso taurino.

Si la hipotética consulta a la que nos referimos se hubiese realizado hacia 1960, el resultado probablemente sería otro; y aún diferiría bastante más si las opiniones se hubiesen emitido en los años que antecedieron a la Guerra Civil e incluso más allá. Es obvio que estas encuestas no pueden ya realizarse, pero disponemos de otros canales de información que nos pueden aproximar, en cada momento histórico, al sentir de la población respecto a lo taurino, y a ellas vamos a recurrir para obtener la mayor luz posible a nuestras preguntas.

Remontándonos a las informaciones más antiguas, parece fuera de toda duda que la de los toros era la más apreciada de cuantas atracciones conformaban el programa de las fiestas de Compostela entre los siglos XVI y XIX²¹. La define Pérez Costanti como «de siglos atrás, la predilecta de los compostelanos [...]»²². Pero como siempre, había opiniones de todo tipo. Mucha repercusión tuvo un artículo titulado “Civilización y toros”, aparecido en *El Anunciador* de La Coruña el domingo 23 de abril de 1875. En él se concluía que ambos conceptos eran incompatibles. Fue contestado y aplaudido –según los criterios de cada cual– por un buen sector de la prensa²³ y de la ciudadanía.

Contradictorio en su análisis se mostraba a finales del XIX el diario santiagués *Gaceta de Galicia*. «Hablemos de toros, hoy que es una fiesta que en Galicia se impone y que priva la sangre

²¹ Si bien en época tan lejana tenía también sus detractores. El propio alcalde de Santiago, Juan María Abraldes y Mendoza, calificaba en 1793 las corridas de toros de «costumbre viciosa y diversión ridícula» (Pérez Costanti, 1993: 313), aunque autorizaba su celebración y hasta posiblemente asistiera a ellas.

²² *Ibidem*: 308.

²³ *Diario de Santiago*, 20 de abril, 1875.

torera»²⁴, decía en 1894. Un año más tarde la apreciación era la inversa: «La afición a estas fiestas va decayendo en Galicia, por el mal ganado y las malas cuadrillas»²⁵.

La realidad es que en ambos casos se trata de comentarios precipitados, realizados «en caliente» tras el desigual desarrollo de dos festejos taurinos en Pontevedra. En el primero, el de 1894, a las tres de la tarde –dos horas antes de comenzar la corrida–, se había colocado el cartel de «no hay billetes». Acudió gente de Villagarcía, Vigo, Santiago, Orense, Celanova, Rivadavia, Tuy, Caldelas, Marín y otras localidades de Galicia y norte de Portugal, y la corrida fue tan buena que la euforia se desató. En cambio, al año siguiente, tras el segundo festejo, que resultó muy malo, el ánimo de los taurinos estaba por los suelos. Tan malo sería que la crónica se limitó a un «cuyos detalles no tienen importancia».

En el conjunto de regiones españolas, no es hasta los años finales del siglo XVII cuando comienzan a diferenciarse los aficionados del público en general, y hasta las primeras décadas del XIX tal distinción sólo se apreciaba en las dos o tres plazas principales, las de gran número de festejos anuales: Sevilla, Madrid y Barcelona.

A partir de los años veinte ya se aceptó un protocolo de respetabilidad para asistir a las corridas. Se exigía menos barullo, gritos y alboroto. El aprecio por el silencio en los tendidos señalaba la línea entre el aficionado y el vulgo festivo. El respetable comenzó a utilizar códigos claros para valorar las faenas, y la prensa se animó a su vez a juzgar las reacciones del público y a emitir veredictos respecto a su grado de conocimiento de la Fiesta.

No debía tener Galicia fama de gran afición a los toros en las primeras décadas del siglo XIX, cuando Gómez de Bedoya,

²⁴ *Gaceta de Galicia*, 14 de agosto, 1894.

²⁵ *Gaceta de Galicia*, 13 de agosto, 1895.

refiriéndose a las corridas de La Coruña de 1850, en la primera plaza edificada expresamente para este uso, apreciaba que se había «cuidado de elegir a los mejores diestros y de proporcionarse un ganado que arraigase la afición en un punto donde no se conocía no pocos años hace» (Gómez de Bedoya, 1850: 39)²⁶.

Sin ser del todo cierta esta aseveración –tras la lectura de este artículo debería quedar demostrada la veteranísima afición a la Fiesta en Galicia–, sí es incuestionable que la taurofília gallega iba muy a la zaga de la que se vivía en regiones más meridionales, y también lo es la ignorancia que en el resto de España se ha tenido y se tiene respecto a ella. Dicho de otra forma: no es que hubiese una enorme afición, pero había más de la que se creía y cree tanto en casa como fuera.

Eugenio Alonso, redactor de la revista *El Ruedo*, escribía en 1898 que «los precedentes datos [acerca de las plazas de toros gallegas] demuestran claramente que la afición taurina en Galicia, si bien no puede compararse con las demás regiones del resto de España, está, sin embargo, bastante arraigada, principalmente en La Coruña»²⁷. Y que esa afición venía de lejos nos lo corrobora la opinión del periodista, poeta y político Aureliano J. Pereira, que aunque contrario a la fiesta de los toros no dudaba en afirmar en las mismas fechas: «profundas raíces tiene tal diversión (...) pues aun en Galicia, donde parece es de importación reciente, cuenta fechas antiquísimas» (Pereira, 1988: 317-320).

Emilia Pardo Bazán tenía bastante claras las preferencias de los gallegos en materia de diversión. En 1895 firmaba un artículo²⁸ en el que aseguraba que el espectáculo diferencial de las fiestas gallegas estaba en los fuegos artificiales, por encima de los toros, las regatas y las carreras de velocípedos. Claro que lo

²⁶ Gómez de Bedoya (1850), pág. 356.

²⁷ *Sol y Sombra. Semanario taurino ilustrado*. Año II, vol. 56, Madrid, 1898.

²⁸ *Gaceta de Galicia*, 26 de agosto, 1894.

de «diferencial» en este caso nos dice poco. Fuegos artificiales los había en todas partes. Si se refería a lo más frecuente, no dejaba de ser cierto, aunque poco indicativo, porque la población de Galicia, era –y aún hoy lo es– esencialmente rural, y su distribución geográfica sumamente dispersa. Esta configuración demográfica favorece determinado tipo de espectáculos, en detrimento de otros que exigen mayor afluencia de público para poder llevarse a cabo.

No muy alejado de este criterio era el que manifestaba veintiún años más tarde el redactor de la *Gaceta de Galicia* al reflexionar sobre los objetivos de la construcción de una nueva plaza de toros en Santiago: «no como ejemplo de cultura ni siquiera de afición regional sino de resurgimiento local y de atracción de forasteros»²⁹.

Un suelto de prensa, aparecido en agosto de 1896, arroja aún más dudas respecto a esta disparidad de criterios. Dice escuetamente: «La afición a los toros en Galicia aumenta considerablemente. En pueblos y villas no hay festejo más deseado que los toros»³⁰.

Lo que es incuestionable es que en los años finales del XIX, dijera lo que dijera doña Emilia, no había convocatoria lúdica que movilizase más gente ni que generase más noticias de prensa que los toros. Veamos, si no, la que se organizó en 1899 en Vigo tras hacerse públicos los carteles de la temporada taurina que, aunque se anunciaba corta –tan solo dos corridas a celebrar los días 13 y 14 de agosto³¹–, disparó de inmediato la expectación: «La Compañía de Ferrocarril de Monforte ha tenido el buen acuerdo de estudiar un servicio de trenes para los citados días (...) Ha hecho gestiones con la compañía de Santiago a fin de que los pueblos de la parte norte pudieran disfrutar de

²⁹ *Gaceta de Galicia*, 8 de mayo, 1916.

³⁰ *Gaceta de Galicia*, 8 de agosto, 1896.

³¹ *Gaceta de Galicia*, 29 de julio, 1899.

igual beneficio que los del Sur...»³². El acuerdo estuvo en el aire porque en un principio la concesionaria de Santiago era reacia a este esfuerzo. Sin embargo, la demanda popular influyó lo suyo y la prensa asumió las demandas. La *Gaceta de Galicia*, que se editaba en Santiago, señaló una posible solución: «En Santiago puede hacerse un tren que llegando a Pontevedra a las 11 de la mañana, enlace con el tren 55 que llega a Vigo a las 11.45, tiempo necesario para asistir a las corridas, cuyos viajeros podrían regresar a la ciudad compostelana en el tren 85 que sale de Vigo para Pontevedra a las nueve menos cuarto de la noche»³³.

Todo este trasiego y la propia alegría que se respiraba los días de corrida tenían una enorme repercusión en el sector turístico de las localidades que acogían toros. En agosto de 1926 el gobernador civil daba su autorización a los propietarios «de los cafés y bares de La Coruña para tener abierto durante toda la noche durante los tres días de toros»³⁴. En 1933, el periodista Ayesta y Daguerre señalaba en *El Compostelano* el indudable beneficio que para la ciudad iba a suponer la plaza de toros en construcción: «el imán atrayente de la alegría y de los beneficios pecuniarios»³⁵. Y como si sintiese la necesidad de justificar la Fiesta en una población de las características de Santiago, añadía:

«También las poblaciones severas, las históricas poblaciones artísticas tienen sus plazas de toros. Toledo, Burgos, Ávila...; en dichas poblaciones el turista extranjero acude a la plaza, presencia la corrida y sale muy complacido, porque no ha visto en su vida errabunda espectáculo tan bello, ni de más majeza y emoción».³⁶

En realidad la afluencia de público a las corridas en Galicia ha seguido históricamente el mismo comportamiento

³² *Íbidem*.

³³ *Gaceta de Galicia*, 29 de julio, 1899.

³⁴ *El Compostelano*, 2 de agosto, 1926.

³⁵ *El Compostelano*, 11 de julio, 1933.

³⁶ *Íbidem*.

que en las del resto de plazas españolas. Ha habido periodos de fuerte entusiasmo por lo taurino y otros de mayor indiferencia. En ello ha tenido mucho que ver la existencia de figuras que arrastraran al público a las plazas. Pasa en los toros como en los deportes, en las artes escénicas y en todo tipo de espectáculos. Es bien sabido que después del notable repunte de la segunda mitad del XIX, tras el fin de la competencia entre Lagartijo y Frascuelo, y sobre todo después de la retirada de Guerrita (1899), la Fiesta sufrió un periodo de decadencia que no remontó hasta la aparición de los dos monstruos del toreo moderno, Joselito y Belmonte (hacia 1912). Ya más recientemente, la controvertida irrupción de El Cordobés volvió a poblar tendidos que años antes dejaban a la vista mucho cemento y ladrillo.

Unamos a esto unos hábitos lúdicos antiguos que se mantienen en la actualidad. Excepción hecha de las dos principales plazas, Sevilla y Madrid, las corridas programadas durante las fiestas registraban –registran– llenos, y las que se ofrecían –ofrecen– en fechas aisladas tenían –tienen– una discretísima demanda. Además, influye de modo determinante el atractivo del cartel en su vertiente torerista. Si se anuncian figuras, el público acude; si los matadores son secundarios o el festejo es novillada, se retrae. ¿La ganadería anunciada? Si exceptuamos las dos o tres más sobresalientes de cada momento histórico, el resto carece de importancia para el público eventual. Así es hoy y así fue casi siempre.

Determinante fue también, en la asistencia de público a las plazas gallegas –como a las de tantos otros lugares–, el desarrollo del ferrocarril. Es este un hecho muy notable en España a partir de 1850. Galicia se incorporó dos décadas más tarde a este transporte. La primera línea en uso, que cubría el trayecto entre Santiago y Carril, comenzó a funcionar en 1873. La de Orense a Vigo, en 1881. Lugo quedó enlazado con La Coruña por vía férrea en 1883. Un año antes se podía llegar ya a la ciudad herculina desde Sarria. Tardó un poco más en habilitarse el trans-

porte ferroviario entre el norte de Portugal y Pontevedra (líneas Duero y Miño), pero cuando fue una realidad constituyó una notabilísima aportación de espectadores. En cualquier trayecto, los días de corrida se habilitaban vagones y trenes especiales para transportar público desde un lugar a otro, como ya hemos visto y seguiremos viendo.

Y, junto con el ferrocarril, las compañías de vapores que operaban en las poblaciones costeras multiplicaban el número de viajes los días de corrida. Marín-Villagarcía, Ribeira-Villagarcía, Marín-Pontevedra son sólo algunas de las combinaciones que utilizaron los aficionados para ir a los toros.

Todo esto es importante, porque aunque el grueso de la asistencia a las corridas lo conformaba el público de las ciudades donde se celebraban, una porción nada desdeñable provenía del elemento veraneante en la propia localidad y en los alrededores, y aun de visitantes que acudían desde cierta distancia exclusivamente para ver los toros y disfrutar de un día de fiesta.

En la primera mitad del siglo XX, antes de la expansión del turismo de sol y playa, la plaza de Pontevedra acogía a veraneantes de centros termales, tan de moda en aquellos tiempos. La Toja, Mondariz, Caldas y Caldelas de Tuy gozaban de un reconocido prestigio que convocaba a numeroso público que no faltaba a las corridas de la cercana Pontevedra. Por no hablar de la famosa corrida de 1920, que tal vez constituyó el cartel estelar de la temporada taurina española: 8 toros de Graciliano Pérez Tabernero, de Salamanca, para Juan Belmonte, Joselito, Sánchez Mejías y Belmontito³⁷. Acudieron aficionados de Madrid,

³⁷ El cartel estaba rematado desde el mes de noviembre anterior. Para empezar a desmontarlo, el domingo 16 de mayo *Bailaor* acababa con la vida de Joselito en Talavera. En sustitución de Joselito se contrató a Chicuelo, un torero jovencísimo que comenzaba a destacar. Desgraciadamente Belmonte también se cayó del cartel por una cogida. Lo sustituyó Domingo Dominguín.

Sevilla y Valladolid. Las tres plazas de la provincia de Pontevedra (Villagarcía, Vigo y la propia Pontevedra) se nutrieron además de aficionados que se desplazaban desde el norte de Portugal. Era esta una bolsa de asistencia muy notable, en número y en calidad, cuya presencia se echó mucho de menos cuando por una u otra razón faltó a las corridas de Galicia.



Fig. n.º 4.- Alfonso XIII en la plaza de Pontevedra, 1929. Apud. Prudencio Landín: *De mi viejo carnet*, pág. 331.

La mera afición era, ya entonces, un argumento sólido en favor de los espectáculos taurinos. Pero no era el único, había otros colaterales no menos contundentes. «En todas partes donde hay plaza de toros allí está el filón de la riqueza, del humor y del gusto []. Compostela con una plaza de toros sería la niña de las felicidades»³⁸, proclamaba la prensa local en 1910.

³⁸ *Gaceta de Galicia*, 21 de mayo, 1910.

En los primeros años del siglo XX la Fiesta era exponente de modernidad, de animación y de prosperidad. Sin embargo, en sentido contrario, también los periodistas gallegos entremezclaron aspectos éticos con los de otra índole para reclamar la supresión de las corridas. «¿Por qué hemos de desterrarlos? [los toros] Pobres ilusos que creen que nuestra ruina, el que no podamos ser grandes, es porque le pagamos a un torero 7.000 pesetas y haya hombres de ciencia que se mueren de hambre»³⁹, escribía Venancio Méndez en 1916. Nada alejado de lo que hoy se denigra respecto a la ficha de los futbolistas de élite, por ejemplo.

La proverbial lluvia gallega condicionó, cómo no, la asistencia a los festejos, pero en las épocas de ferviente afición y cuando el cartel era atractivo la climatología no privó a la gente de ir a los toros. A modo de ejemplo podemos señalar que, pese al temporal –la corrida no tardó ni una hora en ser suspendida–, hubo muy buena afluencia de público el 11 de agosto de 1895 en Pontevedra para ver a Reverte: «En los palcos estaba lo principal de la sociedad elegante»⁴⁰, señala la crónica.

Y cuatro años más tarde⁴¹, a pesar de los chaparrones previstos –que no faltaron a la cita–, los toros de Veragua atrajeron a La Coruña a aficionados de toda la región: Betanzos, Santiago, Ferrol. Hubo un tren especial desde Lugo y Betanzos y un vapor desde Ferrol para la corrida del 13 de agosto.

Pero hasta tal punto era el espectáculo preferido a finales del XIX e inicios del XX, que el cronista de las fiestas de La Coruña del citado año 95 no dudaba en asegurar que «los toros: es la diversión por excelencia y de excelentes resultados muchas veces para los empresarios de las plazas. Yo no sé porqué no

³⁹ *Gaceta de Galicia*, 8 de mayo, 1916, (Artículo titulado “La Fiesta Nacional”).

⁴⁰ *Gaceta de Galicia*, 14 de agosto, 1895.

⁴¹ *La Voz de Galicia*, 14 de agosto, 1899.

siento esa pasión que dicen otros por lo que ya está acordado que debe denominarse *fiesta nacional*»⁴².

Y cuando en julio de 1896 la prensa anunciaba –a la vista del recién impreso programa de las fiestas de La Peregrina, en Pontevedra– que las únicas celebraciones serían las religiosas, careciendo de relieve las cívicas⁴³, y confirmaba tres semanas después que las fiestas no habían resultado muy lucidas y que la afluencia de visitantes había sido escasa⁴⁴, estaba denunciando, veladamente, que sin corridas de toros no había fiesta de verdad; y, sin mencionarlas, aguardaba para el siguiente año una mejor organización de los festejos⁴⁵. Lo entendió así la prensa y la sociedad pontevedresa, que a finales del mes de agosto convocó una reunión –y no era la primera– para tratar de «resolver ciertas contrariedades que existen para la construcción de la plaza de toros»⁴⁶.

Otro dato puede darnos idea de las penalidades que los aficionados estaban dispuestos a soportar para ver toros. Para las corridas de los días 23 y 25 de julio de 1916 en Santiago, se habilitaron trenes especiales de retorno con salida de la ciudad del Apóstol a las 21,30h. y llegada a Vigo ¡a las 2 de la madrugada!

Hasta aquí hemos estado dando vueltas al hecho relativamente objetivo y parcialmente mesurable de la *cantidad* de afición. Cosa muy distinta es la cualificación del público; su grado de conocimiento y valoración del espectáculo taurino. Planteado de otra forma: ¿Es y ha sido el público gallego entendido en materia taurina? Aquí nos metemos ya en un jardín del que resul-

⁴² *Gaceta de Galicia*, 6 de agosto, 1895.

⁴³ *Gaceta de Galicia*, 19 de julio, 1896.

⁴⁴ *Gaceta de Galicia*, 12 de agosto, 1896.

⁴⁵ *Gaceta de Galicia*, 13 de agosto, 1896.

⁴⁶ *Gaceta de Galicia*, 28 de agosto, 1896.

ta difícil salir sin algo de polvo en los zapatos, cuando no llenos de barro hasta las rodillas, porque en esto de los toros, como en muchas otras actividades artísticas, todo, o casi todo, es siempre opinable.

En una conversación privada que mantuve hace ya algún tiempo con Luís Mariñas, ex torero, ex empresario taurino y actual presidente de la Peña Taurina de La Coruña, me decía que, tanto en Galicia como en el resto de las plazas españolas en las que la temporada se ciñe a las fiestas mayores, la distribución porcentual de espectadores no se aparta –casi nunca– del siguiente esquema: 90%, público; 7%, aficionados; 3%, entendidos. Uno, sinceramente, muchas veces piensa que, exceptuando dos plazas, Mariñas es en exceso optimista. Sin embargo, creo que lo más recomendable, para quien esto escribe, va a ser sacar a la luz un surtido variado de opiniones históricas al respecto y que las conclusiones afloren por sí solas.

Una constante es que la propia afición gallega se ha tenido históricamente por tangencial y aun ajena a la Fiesta, sobre todo cuando se ha autocomparado con la de otras regiones.

Tras las corridas inaugurales de 1850, la organización escribió a Paquiro, que acababa de torear:

«Usted ha dado una prueba de que en La Coruña pueden efectuarse corridas de toros, tanto o más excelentes que las que se efectúan en otras poblaciones, en que esta diversión ha formado costumbre» (Estrada Catoyra, 1932: 24-25).

Lo que indica que había dudas respecto a la respuesta del público, cosa bastante lógica, pues se trataba del estreno, de las primeras corridas reglamentadas en coso circular que se daban en La Coruña. Pero la respuesta fue positiva. La plaza y su afición eran aptas, se había aprobado el examen de ingreso. Paquiro había sido agente y testigo del suceso. Gracias.

Ahora, las de arena. Un cuarto de siglo más tarde, el cronista del *Diario de Santiago* calificaba de «malo» y «poco

entendido» al público asistente a la corrida de la víspera del Apóstol de 1875. «La mitad de las veces chillaba sin saber por qué»⁴⁷. A modo de disertación final de su obra *De mi viejo carnet*, el pontevedrés Landín Tobío no aprecia en Galicia verdadera afición a los toros en los años finales del siglo XIX y en el primer tercio del XX. Se acude por la fiesta, «pero apenas hay inteligentes que puedan entusiasmarse o indignarse con

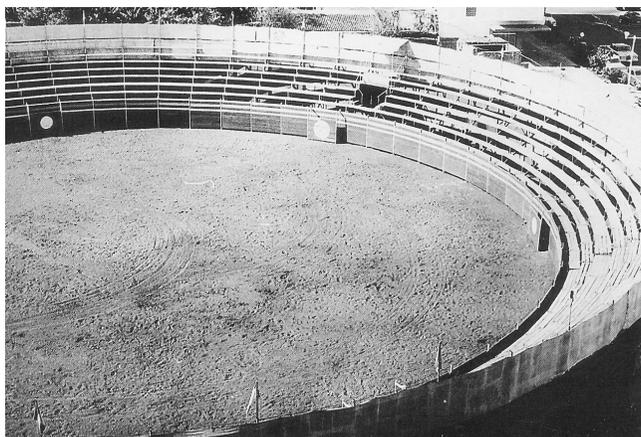


Fig. n.º 5.- Plaza portátil de Marín, 1965. Apud. *Historia de las Rías*. Faro de Vigo, Los Toros en Galicia I. Capítulo 35.

oportunidad [...] El público de los pueblos rurales suele sentir repugnancia y hasta lástima en las corridas [...] Se dice que un campesino decía después de ver picar y banderillar al toro: «¡Pobre animal, con el trabajo que cuesta criarlos!» (Landín Tobío, 1950: 142). Relaciona este sentimiento con la tradición vacuna gallega, al ser esta una especie muy querida y familiar en toda la región. A pesar de esto, admite la admiración del público

⁴⁷ *Diario de Santiago*, 26 de julio, 1875.

por el espectáculo. En definitiva, lo que hace Landín es distinguir entre público, aficionados y entendidos, conceptos no siempre bien diferenciados; y al hablar de «verdadera afición» se está refiriendo al tercero de los sectores contemplados, o al menos a un segmento situado entre el aficionado y el entendido. El propio Landín se extrañaba de que Sánchez Mejías hubiese elegido la «anodina plaza pontevedresa, sin solera ni rango taurino» para el anuncio de su despedida (Landín Tobío, 1950: 132).

Sin embargo no todo eran malas notas ni autoflagelación. «Muy sensato»⁴⁸ era la valoración que se hacía del público compostelano en una corrida de 1880. La misma sensatez que caracterizó al respetable y a la presidencia en la corrida del 15 de agosto de 1893 en Villagarcía. Claro que el cronista añadía que el festejo había sido muy bueno y el servicio de plaza, irreprochable. Y es fácil que todo sea miel sobre hojuelas si las cosas van como tienen que ir.

En cualquier caso, es indudable que el público no carecía de criterio. Veamos. Los toros tomaban a principios del XX una media de 5 o 6 varas⁴⁹. En una corrida en Pontevedra de 1904, tras cinco puyazos al sexto de la tarde, la presidencia cambió el tercio, y resulta llamativo que, en una plaza tan poco torista como esta, el respetable estuviese disconforme con tan exiguo castigo y poblase el ruedo de almohadillas, botellas y otros objetos contundentes (Parra Ferradáns, 1989: 131).

Otra cosa es el conocimiento del reglamento. Salvo plazas como Madrid, en la que la mayoría de los espectadores se muestran celosos guardianes y consumados especialistas en legislación taurina, y otros menos ruidosos aunque igualmente competentes, como los de la Real Maestranza sevillana, el des-

⁴⁸ *Gaceta de Galicia*, 26 de julio, 1880.

⁴⁹ A veces más, desde luego. No era tan extraño que se llegara al doble de puyazos de los mencionados.

conocimiento del reglamento, o su deliberada ignorancia, ha sido tradicionalmente palpable. No es característica solo de hoy. La frustración hizo que el 17 de agosto de 1980, cuando a El Cordobés le salió en Pontevedra un toro de Carlos Núñez defectuoso, el público se indignase y formase una monumental bronca al negar la presidencia su sustitución. No había lugar: el reglamentario sobrero ya había salido por el primero, y no había otro.



Fig. n.º 6.- Plaza de piedra de Pontevedra, 1988. Apud. *Historia de las Rías*. Faro de Vigo, Los Toros en Galicia I. Capítulo 35.

En sentido contrario, fue el entusiasmo el que el 14 de agosto de 1988 cegó al mismo público cuando quería sacar a hombros a Antoñete en su despedida, no en virtud de los trofeos obtenidos, sino sólo por ser su despedida y ser un torero muy querido. O cuando el mismo año sacaron a hombros en medio de una calurosa ovación a la terna completa: *Manili*, Espartaco y Fernando Lozano, a pesar de que este último tan sólo había cortado una oreja al sexto.

Variando de punto de mira, encontramos frecuentes opiniones evaluatorias externas hacia el público gallego. Las hubo también respecto a la calidad de los espectáculos que en Galicia se ofrecieron. Nos la proporcionan personas ligadas profesionalmente a la Fiesta: toreros, ganaderos, apoderados o críticos taurinos.

Luís Miguel Dominguín manifestó, tras una corrida de Palha de 11 agosto de 1957, en la que compartió cartel con *Antoñete*:

«Estoy contento. Pontevedra no es para mí una plaza cualquiera. Torear en Pontevedra es como torear en casa y con esa moral las cosas siempre salen bien. Mis compañeros admirables... El público entendido y entusiasta ha puesto también mucho de su parte. En fin, que así debiera ser siempre» (Parra Ferradáns, 1989: 469)

Es cierto que Pontevedra era para Luís Miguel espacio familiar, y es posible que el afecto y la comunión que tenía con la ciudad y su afición animaran este laudatorio criterio. Parecida predisposición tendría también Domingo Ortega, que vino expresamente desde Madrid para ver la reaparición de Luís Miguel. Se declaraba encantado del retorno, del entusiasmo de Pontevedra por los toros y de «la belleza de esta ciudad». Es cierto que Ortega, apoderado por los Dominguín y hombre de la casa, no había de hablar mal de Pontevedra, pero estamos seguros de que en uno y otro caso no se hubieran expresado con tanto fervor ambos toreros de no haber gran parte de realidad en sus opiniones. Si no, remitámonos a alguien tan poco sospechoso de partidismo empresarial como Antonio Díaz Cañabate, que respecto a la misma corrida afirmó:

«Y a mí que no me digan de hoy en adelante que los gallegos no entienden de toros. En los toros hoy se ha aplaudido lo que había que aplaudir. Más vale una plaza llena de gallegos, por pocos toros que vean al año, que la de Madrid llena de turistas» (*Íbidem*).

¡Casi nada! Lo bueno, si breve, ¡superior! Y para remate del comportamiento de la afición en la susodicha corrida leamos las impresiones de los ganaderos Van-Zeller, propietarios del hierro portugués de Palha, llegados desde Lisboa para el evento: «aquí da gusto ver corridas» (*Íbidem*), declararon encantados. Y eso que sus toros, a pesar del buen juego que dieron, no eran los que por presencia y picante habían impresionado a la afición unos años atrás.

Como en todas partes, la «división de opiniones» estuvo presente respecto a las faenas que se veían en el ruedo. También hubo partidista o detractor de tal o cual torero. Pero en general, las plazas de Galicia no estuvieron divididas entre dos tendencias, como tradicionalmente ha sucedido, por ejemplo, en Sevilla, y en esto se ha aproximado más a los usos de Madrid, que en cada época ha adoptado un torero que ha convertido en *el suyo*.

Respecto a un conflicto acaecido en el año 1903 en Pontevedra, donde por dos veces los picadores de la cuadrilla de Bombita se negaron a torear por la escasa entidad de los caballos, sí hubo entre el público división de opiniones. Algunos acusaban a la empresa de haber suministrado caballos inservibles; otros, sin negar del todo este extremo, opinaban que hubieran podido salir al ruedo de haber voluntad por parte de los varilargueros. Sin duda los espectadores más dolidos eran quienes se habían desplazado desde lejos (*Íbidem*: 123).

Hay un indicador, pocas veces contemplado, que dice mucho de la calidad de una afición. Me estoy refiriendo al gusto que esta tiene por las tareas complementarias a la propia lidia, entre las que cabría mencionar las visitas a ganaderías, herraje, destetado, tienta, etc. Está claro que al no haber ganaderías autóctonas, el aficionado gallego ha tenido difícil acceso a ellas. Pero hay una, que se realizaba en la propia plaza, que el buen taurino de todas partes ha tenido ocasión de disfrutar: el desencajonamiento. Pues bien, hay que decir que mientras esta activi-

dad fue pública, los corrales o tendidos de las plazas gallegas tuvieron una afluencia más que notable. Por ejemplo, en 1913 mucha gente aguardaba desde las 5 de la mañana el desembarco de los seis toros de Manuel Albarrán, de Badajoz, que habían de ser lidiados por la tarde en Pontevedra. Y para la histórica corrida –parcialmente truncada– del 4 de julio de 1920 en el mismo coso, numeroso público aplaudió en el desencajonamiento al empresario Vázquez Giménez por su gestión de la plaza y por la magnífica presencia de los astados. Este espectáculo redujo drásticamente su aforo en 1926, año en que, por acuerdo de la Sociedad de Ganaderos, pasó a hacerse en los corrales y no en el ruedo, como hasta entonces.

La vitalidad de una afición tiene otro interesante indicativo en el grosor y la actividad de las peñas taurinas. Galicia las tiene. No todas son iguales, ni a todas les mueve el mismo objetivo. Algunas –tal vez las más– son, sobre todo, un medio de montarse una juerga de amigos en torno a la asistencia a los toros los días de fiesta mayor. Bueno, eso está bien, pero tiene poquito que ver con la tauromaquia y no interesa demasiado aquí. Otras no. Otras son agrupaciones serias y de profunda afición. Entre estas contamos la *Peña Taurina de La Coruña*, que ha cumplido ya 64 años y que a pesar de esa edad parece lejana a su jubilación. Se fundó oficialmente en 1948 y desde entonces ha seguido activa con una fe probada en la travesía del desierto de los más de 20 años en los que dejó de haber plaza de toros en la ciudad; años en los que mataba el gusanillo organizando desplazamientos a Pontevedra –única plaza en la que Galicia disfrutaba de corridas de toros de categoría–, en la que ocupaba invariablemente un tendido de sombra y a la que numerosos matadores brindaban sus faenas. Entre 1960 y 1965 la peña llegó a contar con unos 1200 socios, siendo entonces la segunda más numerosa de España tras el club *Cocherito* de Bilbao. Quien la haya visitado, quien conozca la peña, se percata de inmediato de que allí hay algo más que

un local de reunión ocasional. Se trata de un santuario en el que se respira un ambiente taurino otorgado por su ambientación de fotografías de época, viejos carteles y trastos de torear, además de la prestancia que le da su sólida biblioteca taurina.

En Pontevedra hay decenas de peñas y miles de peñistas. Algunas tienen 100 miembros; otras no pasan de ser 5 o 6 amiguets. Hay agrupaciones con más de 20 años de veteranía. *Os*



Fig. n.º 7.- *Aspecto actual de la plaza cubierta de Pontevedra.* Apud. *Historia de las Rías.* Faro de Vigo, Los Toros en Galicia I. Capítulo 35.

Pirolos no son la más antigua pero tal vez sí la más organizada. Al finalizar la temporada de 1985 se fundó la peña *Peregrina*, que a partir del año siguiente desplegó una actividad cultural taurina extraordinaria con exposiciones de pintura y fotografía, proyecciones, conferencias dictadas por toreros (Pepe Luís y Andrés Vázquez, Paco Camino...), ganaderos (Victorino Martín o Jiménez Pasquau, Felipe Lafita...), periodistas (Antonio D.

Olano, Adolfo Rodríguez, Ramón Sánchez Aguilar...). No es muy frecuente encontrar todo esto en regiones «más» taurinas.

No se agotan aquí los datos e informaciones que nos ilustran, en uno u otro sentido, acerca de la vinculación, el aprecio y el conocimiento que Galicia ha tenido históricamente de la Fiesta, mas creo que lo sustancial está reseñado y que de su análisis no debe resultarnos difícil extraer algunas conclusiones. La primera surge de la sorpresa respecto a la profundidad de las raíces de la afición taurina en Galicia. Sorpresa de la que participan también la inmensa mayoría de los gallegos. En el largo periodo que se inicia de modo impreciso antes del siglo XVI y que concluimos a finales del XIX con la implantación del ruedo circular, la participación de los gallegos en los juegos taurinos apenas se diferenció del resto de las regiones peninsulares, constituyendo las atracciones más valoradas de las actividades lúdicas programadas en las festividades locales.

Cuando hacia los años centrales del XIX la tauromaquia comenzó su nueva andadura en plaza circular y bajo una cierta reglamentación -los prolegómenos del toreo actual, en definitiva-, algunas poblaciones de Galicia la abrazaron con entusiasmo. Vino ello a coincidir con la expansión del ferrocarril y, ligada a él, con la percepción del atractivo que la Fiesta tenía para el turismo y la generación de nuevos recursos. Es cierto que son pocas las localidades que levantaron plazas de toros. Muy pocas si las comparamos con lo que aconteció en esa misma época en el centro y sur peninsulares, pero no tan pocas (e incluso más, a veces), si el paralelismo lo establecemos con las más próximas regiones norteñas. Tengamos en cuenta que la lejanía de las dehesas donde pasta el ganado bravo finalmente adoptado como idóneo para la lidia, así como una climatología adversa y las propias dificultades del transporte, hizo que la cornisa cantábrica quedara confinada al furgón de cola del taurinismo español. Pero incluso en este momento, no queda la estadística

taurina gallega muy por detrás de la registrada en las vecinas regiones de Asturias, Cantabria y parte del País Vasco.

Superadas –siquiera en parte– las dificultades técnicas que obstaculizaron el trasiego del ganado bravo y el desplazamiento de toreros y cuadrillas (ya desde los albores del siglo XX), nos encontramos con que las dos principales plazas de Galicia –y las únicas con vocación de permanencia–, La Coruña y Pontevedra, programaron temporadas similares, en cantidad y categoría, a las de la mayoría de las capitales de provincia españolas. Entre ambas plazas se venían totalizando, hasta la década de los sesenta, un promedio de cinco o seis corridas mayores por año, otras cinco o seis novilladas y varios festejos sin caballos, además de los habituales espectáculos cómico-aurinos, dándose el mayor número de festejos en La Coruña. Tras el derribo de esta plaza, en 1967, Pontevedra repuntó el número de sus festejos hasta totalizar las tres corridas mayores que suelen conformar su temporada. Además, otras plazas menores como Noia, Santiago, Sarria, Betanzos, etc., salpicaron durante todo el siglo XX el mapa taurino gallego con habituales corridas mayores y novilladas de diversa importancia.

La construcción del Coliseo de La Coruña en 1991 y la cubrición de la plaza de Pontevedra en 1995 han posibilitado un tránsito a los inicios del siglo XXI con sendas temporadas estables en la que se programan en la región no menos de seis corridas de toros de un magnífico nivel en cuanto al elenco de matadores y una participación torista no inferior a la que puede verse anunciada en la mayoría de las plazas de segunda categoría. Corridas que registran invariablemente buenas entradas, sobre todo las de Pontevedra.

En cuanto al comportamiento de la afición, la realidad es que no difiere gran cosa de las de las plazas que sólo abren sus puertas en las fiestas de la localidad. La Coruña y Pontevedra –singularmente esta última– son plazas festivas, expansivas, de

neta vocación torerista. En los tendidos se habla –y se grita–, se come, se bebe; se aprecia el valor del torero, su voluntad de agradar y, desde luego, su arte. Pero sobre todo, se disfruta. Nada diferente a lo que sucede en la gran mayoría de las plazas de nuestra geografía. Y es que, en resumidas cuentas, el panorama taurino gallego es bastante semejante –en su historia y en su presente– al que campea en el conjunto de la España septentrional; la del agua, el roble, el relieve montañoso y el pasto verde permanente; la alejada de la encina y la dehesa; la de la cría del toro bravo, en definitiva.

Con todo, el debate sigue abierto, y no se cerrará nunca: estamos hablando de toros.

BIBLIOGRAFÍA

- Estrada Catoyra, F. (1932): “Las corridas de toros en La Coruña”, *Galicia*, Año 1, nº 3, págs. 24-25, septiembre, 1932.
- Fabeiro Gómez, M. (1989): *Os touros de Noia*, Noia, Ed. Sociedade Liceo.
- Fortes Bouzán, X. (1993): *Historia de la ciudad de Pontevedra*, La Coruña, Ed. La Voz de Galicia.
- Gómez de Bedoya, F. (1850): *Historia del toreo y de las principales ganaderías de España*, Madrid, Taller Anselmo Santa Coloma.
- Landín Tobío, P. (1950): “Toros en Pontevedra”, en *De mi viejo carnet*, II volumen, Gráficas de Castro, Pontevedra.
- Leyra Domínguez, J. (1952): “Toros en la ciudad del Apóstol”, en *ATURUXO*, sin nº de página., Centro Ramón Piñeiro para la Investigación en Humanidades.
- López, Roberto J. (1998): “Fiestas y conmemoraciones regias en Galicia durante el reinado de Felipe II”, en *El Reino de Galicia en la monarquía de Felipe II*, Santiago de Compostela, Ed. Xunta de Galicia.
- Neira de Mosquera, A. (1ª ed. 1850): *Monografías de Santiago*, Santiago, Ara Solis-Consorcio de Santiago.
- Parra Ferradáns, E. *Parrita* (1989): *De mi agenda taurina. Historia de la plaza de toros de Pontevedra (1892-1988)*, Pontevedra, Concello de Pontevedra.
- Pereira, J. (1988): “Toros en Lugo en 1759”, *Galicia, Revista Regional*, Año II, nº. julio, Hemeroteca digital.
- Pereira Fernández, X. M. (2004): *Festejos Taurinos*, Pontevedra.
- Pérez Costanti, P. (1993): *Notas viejas galicianas*, La Coruña, Junta de Galicia.
- Saavedra, M. C. (1994): *La Coruña en la Edad Moderna (siglos XVI-XVII)*, Ed. Vía Láctea, La Coruña.

FUENTES DOCUMENTALES

Archivo Histórico Universitario de Santiago (AHUS).

FUENTES IMPRESAS

Betanzos e a súa comarca, junio, 2003.

Caireles (revista taurina).

Diario de Santiago.

El Compostelano.

El Cultural, (suplemento del diario *El Mundo*).

Gaceta de Galicia.

Galicia, Revista Regional.

La Voz de Galicia.

Sol y Sombra. Semanario taurino ilustrado.

